

Sanmartín Bastida, Rebeca. *Imágenes de la Edad Media: La mirada del Realismo*. Prólogo de Ángel Gómez Moreno. Anejos de la *Revista de Literatura*, 56. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003. 637 páginas. ISBN 84-00-08099-8

Reviewed by Eva Llergo Ojalvo  
Universidad Complutense, Madrid



A nadie le es ajeno el hecho de que la crítica tiene el don (o la maldición, según se mire) de permitir que un estilo literario se perpetúe en la historia o de relegarlo a las sombras, haciéndolo desaparecer a menudo incluso para sus propios coetáneos. Y esta elección no siempre está basada en criterios de calidad literaria, sino, con frecuencia, en prejuicios o gustos individuales que minusvaloran el asunto y provocan el desánimo de la crítica posterior, que termina por echarlo al olvido más absoluto. Pero a todo le llega su momento de justicia. En nuestro caso, se trata del redescubrimiento del movimiento medievalista que se extendió en España, además de en la literatura, en la ópera, en la política, en la escultura o en la pintura, durante la segunda mitad del siglo XIX.

Rebeca Sanmartín nos devuelve esta faceta olvidada de la cultura y el arte decimonónico español, desvelándonos todos sus entresijos y descontaminándola de los tópicos de la crítica antigua que obviaban la repercusión que tuvo no sólo en la

literatura y la sociedad de la época sino en las posteriores. La investigadora realiza un completo estudio en ocho capítulos de todas las facetas en las que tuvo resonancia el medievalismo, llegando en el noveno a unas sugerentes y reveladoras conclusiones.

El primer acercamiento al tema se realiza a través de la historia, donde la autora nos apunta la carga novelesca a la que estaba expuesta esta disciplina para hacerla más accesible, así como para poder modelarla más fácilmente según los distintos intereses políticos de sus autores. Se perfila ya desde el principio que la Edad Media va a ser un instrumento ideológico durante la segunda mitad del XIX: unos continuarán la defensa de los valores nacionales que realizaba el medievalismo romántico, poniéndolos como ejemplo ante un país que pasaba momentos bajos; otros, sobre todo después de la revolución del 68, realizarán una insólita “izquierdización” del asunto, haciendo un balance más maduro de los pros y los contras de la época medieval, y alabando las revueltas populares o la creación de los

municipios, pero criticando el papel de la monarquía, la expulsión de judíos y árabes, la Inquisición, etc.

En segundo lugar, Rebeca Sanmartín nos explica que los acercamientos filológicos a la literatura del medievo ayudaron también a fraguar la imagen prototípica de esos siglos. Se consideraba original por su desprecio a las reglas, católica y popularista por su temática... La crítica romántica introdujo la sinceridad como uno de los máximos valores literarios, y se entusiasmó al creer encontrar esta característica en las producciones medievales. Esto, en muchos casos, produjo que se prestara más atención a lo biográfico que a lo literario. Sin embargo, esta peculiaridad también arraigó fuerte entre algunos de los realistas, que se enorgullecían de que la poesía española medieval se distinguiese por su cotidianeidad frente a la fantasía derrochada por las producciones poéticas de otros países de la misma época.

Pasa, después, la autora a hablarnos de la puesta en práctica de la poesía medievalista durante la segunda mitad del XIX. En la teoría se manifiesta un cierto desdén de los realistas hacia la poesía popular del medievo, pero lo cierto es que fue cultivada por los mismos que la criticaban. Los premodernistas, sin embargo, se desligan de la intención política y basan el medievalismo de sus composiciones en una mera pose estética. Aun así continuará tras la Restauración la presencia de los valores religiosos y la exaltación de la patria, aunque los modernistas siempre tenderán a acentuar los valores estéticos y emotivos de los referentes medievales.

El panorama que se presenta en la narrativa es similar al de la poesía. Los realistas hacen uso del medievalismo según su estilo propio: Blasco Ibáñez con tono desencantado, Pardo Bazán reivindicativo, etc. Los modernistas, por su parte, lo adoptan también en prosa como una estética. Pero, según apunta la investigadora, lo realmente interesante son las dos visiones que dan los críticos de la época: unos abogan porque el uso del pasado medieval suponga en la narrativa una lección de historia rigurosa; otros consideran que se trata más bien de revivir una época mediante la intuición. En la práctica triunfaron los primeros, pero su excesivo rigor acabó por condicionar sobremanera el género y lo destruyó.

Rebeca Sanmartín señala que en el teatro muchos intelectuales percibían el medievalismo como representación de una época bárbara y ruda, y o bien lo rechazaban o bien lo trivializaban más aún por medio de la parodia y la burla. Sin embargo, a partir del estreno de *Rienzi* de Acuña en 1876, el medievalismo en el teatro viró hacia una intención más social, rompiendo con el contenido conservador que había sostenido predominantemente hasta el momento. Aunque esto supuso, por otro lado, una mayor despreocupación por los aspectos léxicos o escenográficos a la hora de ambientar la obra. Si bien a finales de siglo el cuidado por recursos como el vestuario o el habla medieval se tuvieron más en cuenta, nunca llegaron las producciones españolas a igualar el nivel de las francesas o inglesas de la misma época, desvelando que nuestras preocupaciones estaban volcadas hacia otros asuntos. Los géneros musicales, con la ópera como máximo exponente, tuvieron frecuentemente un referente temático medieval y fueron uno de los pasatiempos favoritos de la época. No obstante, los críticos siempre señalaron la necesidad de producir una ópera de tipo nacional, pues la zarzuela, aunque sí era del gusto del público, nunca consiguió ser aceptada como tal entre los entendidos.

Continúa la investigadora explicando que también en las artes plásticas se percibió el *revival* medievalista, que germinó rápidamente gracias al auge nacionalista que se extendía por toda Europa. Como en el resto de las manifestaciones artísticas, también en la pintura, la escultura y la arquitectura la revisión del pasado histórico servía no sólo como huida (opción que adoptaron más los autores simbolistas) sino como ejemplo para el presente (ilustrada por los realistas).

El capítulo séptimo de la obra está dedicado al pensamiento medievalista, y ya percibimos cómo la autora va recogiendo todos los datos expuestos para perfilar sus conclusiones: las

opiniones sobre el medievo están condicionadas por las ideologías y los diferentes estilos literarios a los que se encuentran adscritos los autores. En general se percibe que la Edad Media se critica por sus retrocesos culturales y se valora por su heroísmo, su aparentemente sincera espiritualidad o su idílica organización social. Pero ciertos tópicos empiezan a hacer aguas cuando se lleva a cabo una revisión de la Reconquista y sus verdaderas motivaciones, y, a mediados del siglo XIX, encontramos que los historiadores abandonan su visión simplista y homogénea del pasado.

La autora le dedica el penúltimo apartado a los cambios producidos en el panorama español tras el desastre del 98. Ante el catastrófico presente, los intelectuales invierten más energía en él que en un pasado marchito y plagado de tópicos, del que sólo quieren destacar las pequeñas figuras que conforman el pueblo y que hasta entonces habían estado eclipsadas por los grandes nombres de los nobles.

Al llegar a las conclusiones Rebeca Sanmartín nos revela por qué la corriente medievalista en la literatura española fue silenciada en esta época, pese a que tuvo, a la luz de los datos ofrecidos, una presencia más que notable. Para la investigadora, los escritores y críticos realistas, que se identificaban con un ideario progresista, renegaron de la literatura medievalista al considerarla encasillada en el conservadurismo. Aun así, fueron muchos los autores realistas que hicieron uso de ella, tratando de convertirla en una producción seria basándola no sólo en la ambientación, sino en el contenido, con mensajes reivindicativos y de un inusual carácter social. Por otro lado, las últimas producciones del siglo XIX, de modernistas y simbolistas, se interesaron más por el lado estético del medievalismo. Con todo ello, la autora demuestra eficazmente que, además de un medievalismo continuador del movimiento romántico, existieron aportaciones novedosas extendidas por todas las manifestaciones artísticas de la época, y cuyo estudio sirve sobre todo para enriquecer la comprensión de la sociedad de estos últimos años del siglo XIX español.

Por muy completa que sea cualquier síntesis o descripción del contenido de esta obra, no le hace justicia al trabajo de la investigadora. Rebeca Sanmartín justifica sus conclusiones con un exhaustivo aparato de referencias tanto a críticos, autores, obras, respuesta del público, de la prensa y demás fuentes directas de fines del XIX, como a estudiosos del siglo XX que ayudan a completar el panorama de opiniones. Su absoluto dominio de una vastísima bibliografía, tanto en términos de cantidad como de amplitud temática, acaba de confirmar la profesionalidad y rigurosidad de la investigadora, que se atreve a enfrentarse a un campo de estudio tan abierto. Todo ello convierte esta obra en un esclarecedor documento de más que recomendable consulta, con la ventaja añadida de que, gracias a su ordenada estructuración, permite la búsqueda de un tema en concreto con suma facilidad.